

LA semana pasada, las columnas de información política registraron la primera reunión de un grupo de legisladores y figuras del Partido Nacional Herrerista, que se denominaba "Movimiento de Amigos de Martín R. Echegoyen". Según esas mismas versiones, el Movimiento tiene un sentido adverso al Presidente Haedo, y su finalidad consistiría en transformar de una vez por todas al Consejero Echegoyen (actual presidente del Directorio) en dirigente máximo del Herrerismo.

Para quienes conocen la deliberada austeridad de conducta que Echegoyen ha usado durante más de 40 años de actividad partidaria —excluyente de toda espectacularidad, consagrada al examen de los problemas, al arduo ejercicio de cargos públicos y al respaldo de los actos de su partido con su autorizada opinión jurídica— la tentativa de convertirlo en un caudillo puede haber parecido inusitada. Seguramente, también lo resultó para el propio Echegoyen, un hombre que ha preferido siempre los segundos planos.

En un medio como el de la política uruguaya, donde el entusiasmo, la vinculación y la capacidad para concitar votos por medio del halago o el contacto personal con la masa parecen ser decisivos para el éxito, el abogado Martín Ricardo Echegoyen puede ser considerado una curiosa excepción. Desde sus lejanos años de joven maestro de escuela que simpatizaba con las ideas socialistas, hasta su presente condición de consejero nacional por el Herrerismo, el lugar de Echegoyen no ha estado principalmente en la tribuna o en el club político, ni tampoco en las fatigosas jornadas de audiencias para postulantes o peticionantes que forman el sistema de un político uruguayo corriente. Señalado por Luis Alberto de Herrera como un joven prometedor, protegido en los comienzos de su carrera profesional por el doctor Duvimioso Terra (le legó su estudio de abogado), Echegoyen fué convirtiéndose progresivamente en una especie de juriconsulto del Partido Nacional Herrerista, más bien que en un hombre de choque de la primera línea. Y, para todas las ocasiones en que al Herrerismo se le llamó a gobernar, en el estadista por antonomasia que el Partido

guardaba en sus reservas. De ese modo, fué ministro de Instrucción Pública durante un periodo de gobierno de Gabriel Terra, senador durante dilatados periodos y, en 1952, cuando Herrera aceptó coparticipar en el Colegiado, encabezó la lista de candidatos y fué designado Consejero Nacional.

Pero el mismo Echegoyen debe estar de acuerdo en reconocer que ese aluvión de honores —que lo transformaron durante los últimos veinte años en segunda figura (respetada y no discutida, aunque tampoco demasiado amada) del Herrerismo— no fué pagado por él en la moneda acostumbrada con que los candidatos ambiciosos estimulan o recompensan a sus electores. Nada más alejado de la imagen clásica de un político demagogo o de un gobernante electorero, que este hombre menudo y enjuto, dueño de una cortesía ya proverbial hasta entre sus enemigos y al que muy pocos han oído un exabrupto o una expresión no gramatical.

Los instrumentos con que Echegoyen labró durante esos 40 años una de las carreras políticas más completas en la historia de su partido, consistieron fundamentalmente en un excepcional talento para el análisis de los problemas nacionales y en una reputación intachable, que ni los más implacables ofateadores de escándalos han conseguido abordar. (Es sintomático que, después de noviembre de 1958, la briososa oposición batllista sólo haya podido encontrarle el mote de "bien mandado", aludiendo a su estrecha colaboración con el pensamiento político de Herrera, de quien, sin embargo, era considerado como uno de los pocos asesores con real influencia sobre el viejo caudillo).

El talento, complementado con una sólida preparación jurídica, fué el más importante factor para que Echegoyen accediera a las posiciones elevadas del Herrerismo. Su don para las grandes síntesis — que utilizó en recordadas intervenciones parlamentarias, como la oposición al establecimiento de bases militares norteamericanas, y en sus editoriales periodísticos de los lunes— lo transformaron de cierta manera en el doctrinario de su Partido. Las oportunidades en que el Herrerismo necesitó discutir tesis constitucionales (el golpe de Estado de 1942, con la exhortación al vicepresidente Charlone —que la ig-



Más PODER y muy pocas GANAS

EHEGOYEN:

**¿Un nuevo
Jefe Civil
en el
Herrerismo?**

noró— de asumir la presidencia y desconocer al dictador Baldomir; las negociaciones de 1951 sobre establecimiento del Colegiado; las laboriosas entrevistas de marzo de 1959 con otros sectores nacionalistas sobre el reparto de posiciones) tuvieron siempre a Echegoyen como ideólogo o plenipotenciario.

Esas actuaciones decisivas, sin embargo, han estado selladas por la deliberada opacidad con que se sustrae a la curiosidad pública, eludiendo fotografías, reportajes y pronunciamientos personales. La sobriedad —que le viene quizás de su ascendencia vasca—, se refleja en sus aficiones y en su conducta privada. Con la única excepción de un impecable y nutrido guardarropa que lo sitúa, junto con Héctor Payssé Reyes y Justino Carrere Sapriza, entre los tres políticos mejor vestidos, Echegoyen es uno de los raros gobernantes uruguayos que no incluye Punta del Este en su agenda (pasa sus vacaciones en un pequeño hotel familiar de Colonia Suiza), no utiliza la locomoción oficial de sus cargos y, mucho antes de que Haedo inaugurara la costumbre de utilizar a una hija perspicaz y fiel como secretaria, había puesto a su propia hija María Amelia al frente de su despacho en la Casa de Gobierno.

Talento cierto, versación profunda, austeridad y horror a la publicidad no parecen ser la combinación ideal para un hombre político, pero Echegoyen la ha practicado con constancia, sin dejar por ello de ir ascendiendo con seguridad en la carrera de los honores, hasta culminarla. Quizás se deba a que, junto a esas condiciones, practique igualmente la tenacidad, la diplomacia y la imperturbabilidad. Ningún colega o correligionario recuerda haber visto nunca encolerizado a Echegoyen como no sea retóricamente, en medio de un discurso, o al promediar un editorial opositor. Poseedor de un estilo majestuoso e impecable, sea oral u escrito, sabe pasar de la densidad jurídica a la elegancia conceptual o al anatema fulminante, sin bajar la guardia. Su epistolario es famoso por la versatilidad de fórmulas nunca repetidas, y resulta prácticamente imposible encontrar en él rasgos coloquiales que lo vulgaricen o que revelen el real pensamiento del remitente.

Por esos rasgos, muchos dentro de filas nacionalistas lo han acusado de frialdad o de deshumaniza-

ción, frente a los arrebatos vitales de un Haedo, al populismo de un Fernández Crespo o al apasionado y muchas veces inestable polemismo de un Rodríguez Larreta. Pero Echegoyen considera, simplemente, que su estilo es otro, y reserva sus energías para la constante lucidez con que ejerce cotidianamente sus funciones de gobernante. Frente a ciertos desbordes o apresuramientos, el hombre a quien se consideró en los momentos siguientes a la muerte de Herrera, como su albacea político, prosigue fiel a postulados partidarios que actualmente están en fricción con la tendencia del gobierno que integra. Los observadores atentos recuerdan que la intervención de Echegoyen ha sido decisiva para evitar resoluciones que lesionaran la tradicional afiliación uruguaya a la doctrina de la no intervención, o referentes a la ruptura con ciertos países latinoamericanos. Igualmente, fué él —durante la ceremonia de transmisión del mando en marzo de 1959— que negoció, frustró y disimuló ante la opinión pública y los invitados extranjeros, un breve y gravísimo conato de insurrección de los comandos militares reemplazados.

Ahora, a un año de las próximas elecciones, las hondas divisiones internas del Partido Nacional y la inconstancia de Haedo hacia el programa conservador de la colectividad, han hecho que se quiera salir al encuentro del ambicioso Presidente del Consejo, un hombre que se ha atrevido a elogiar públicamente a Fidel Castro, asume con demasiada frecuencia posiciones excéntricas y no se siente comprometido en absoluto con un Partido cuyas injurias están demasiado frescas. Los grupos que así piensan, proyectan otorgar a Echegoyen, técnicamente, la investidura de Jefe Civil, para quitar las riendas del herrerismo de manos de Haedo y —¿por qué no?— para presentar ante el absorbente, dinámico, y ambicioso Benito Nardone, una figura de antecedentes intachables y proyección moral indiscutida. Falta saber si Martín Ricardo Echegoyen, a los 70 años, luego de una existencia entera vivida fructuosamente en segundo plano, acepta los riesgos, las perturbaciones y las responsabilidades absolutas del poder.

Carlos María Gutiérrez